

Caer en Boedo

daniel bernardo grimberg

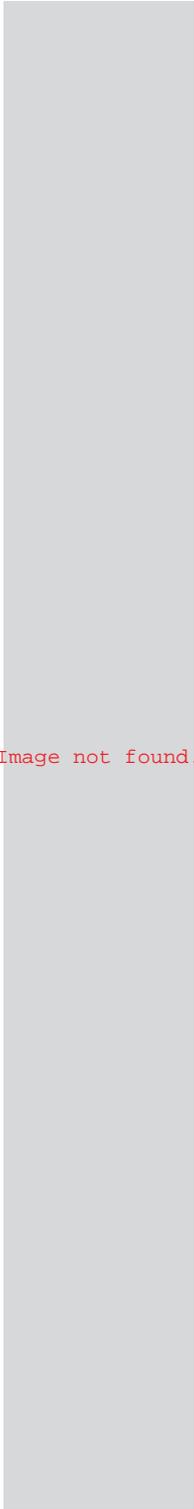


Image not found.

Capítulo 1

Caer en Boedo (por Daniel Bernardo Grimberg)

I

No muchas son las mentiras que sirven para equipar una ficción que quedé bien armada, y se preste el afán de que el tiempo corra menos triste, o que esté pensada con la idea de distribuir dentro del estancamiento del mundo a algún motivo loable. Llegando lejos con esa especulación y amenizando a los silencios con algunos peligros, el hombre no sólo se propuso hacer un tratamiento específico de ese tema, sino que reunió el coraje de llevarlo a cabo. Aunque al principio se remitiría a efectuar una agradecida compilación de sus experiencias.

Brizuela entendía que la parodia de la cotidianeidad estribaba en ir a dormir y encerrarse en laberínticos de sueños, después de leer en un desconocido libro de sonetos, que de pronto, el amor se le revelaría en un precipitado anochecer cuyas propuestas se centrarían en lo eterno que se encuentra a flor de piel del universo. Entonces la felicidad aparecería insoslayable, sin que fuera posible fugarse de esta, o dispersarse en algo que no tendría nombre, pero dejaba inquina en la garganta.

Sabía de la existencia de números negativos y afanes polémicos, se ubicaba frente a lo que era perfectamente verdadero y lo absolutamente estéril, y desgranaba juiciosamente a sus posibilidades sin que le importase que las reglas se coligasen con la impostación. Eso era lo que infería su mente, cuando no se dejaba llevar por Dionisio que procuraba quitarlo de la apolínea claridad. Sus paradojas eran las de un hombre maduro que acostumbraba a escuchar músicas místicas que, a fuerza de ser breves, intuían lo perdurable.

Luego se percataba de los entresijos del amor que leía con insistencia en tomos de poesía, y colocaban en su rostro las sombras del deleite. Se entramaba en la belleza, porque nunca había dejado de ser un actor que oteaba al mundo como un pacífico caminante. El hombre extendía sus relatos y recuerdos, intercalados con hondos silencios, con una fuerza que asustaría a cualquier persona, o al menos le rompería la serenidad. Hablaba de estrellas en la hora del crepúsculo, que con sus ardientes indiferencias le daban un diseño al cielo en los vastos barrios residenciales en los que entraba sin limitación. El trazado de sus proezas no coincidía necesariamente con el absurdo, pero tampoco contribuían a desarrollar

una paciente disciplina o placentera disposición en el oyente.

Con euforia resumía a aquello que deseaba, lo que le producía una insurrección de dichas y era el único modo de narrar a su existencia. A todo le daba un sentido que se avecinaba a la fascinación. Aquello que no se ve, no se oye, ni se toca, él le había sobrepasado en un santiamén. No era ajeno a nada cultural ni de índole filosófica, y se movía entre turbulento y furibundo en cualquier ámbito. Estuvo en "presencia" y con un "honesto mirar", en hechos públicos y notorios, cuyas sagas ocuparon sucesivos titulares en los diarios y aún sus destellos arrojan luces cegadoras.

A menudo entraba en disputas con espejos malignos, utilizando palabras que los destrozaban antes que salieran de su boca (tal era el temple de su espíritu). Actuaba de acuerdo a virtuosos hábitos que no se veían a simple vista; el tiempo fatigosamente impersonal, nunca se atrevería a entrometerse con la visión que tenía de sí mismo. Él siempre había desplegado alianzas con lo estable y fugaz sin ningún problema.

Y si bien su cuerpo lucía un poco blandengue, su cerebro andaba bien y le permitía hacer planes para enganchar a alguna bella mujer que apareciera durante sus marchas diarias, después de hacer una ingeniosa celebración de su belleza que empezaría con la proclamación de un verso. Inflaría a su pecho, y le hablaría en una forma que no sería embrollada. Restringiría el número de temas que trataría para hacer pie en algún candente episodio de su inagotable anecdotario. Eso sería lo que tenía más a mano para contar a la mujer de sus sueños, durante el primer encuentro cuyos minutos serían acometidos con respiración vertiginosa. Interrumpiría sus íntimas introspecciones para sumarse de nuevo a la vida.

Por otra parte, Norma Repetto salió de un almacén que estaba por cerrar. No lo sabía, pero se habría situado ahí para consentir a un hombre o darle una dinámica a éste relato. Estaba sola y disponible, aunque no delineaba una actitud enamoradiza. Todavía no sabía que una persona no se conformaría con hacerle pasivas observaciones, y traería a colación una confesión muy animada. No tenía idea de lo que estaba por suceder (sólo sumergiría a sus pensamientos en las obligaciones habituales). Se tenía por una razonable y tranquila mujer que pasaba por alto a engaños y cualquier tipo de ilusión; en acordanza con su austera personalidad cada día se contentaba con salir adelante. Jamás se mancó pesadamente por la terquedad ya que tenía conciencia de sus limitaciones... lo que era la mismísima recompensa que le adjudicaba la sensatez.

Su apariencia, en general, no daría lugar a frenéticos silabeos ni desalineados silbidos, pero a Brizuela se le nubló la mente por su pálida belleza (al presentir que andaba desanimada, emprendió instantáneas

conjeturas de su situación).

El hombre percibía aquello que le era de interés y también lo enigmático, con la exactitud de un experto, aunque a esa hora la luz del sol estaba perdiendo su anterior integridad. El escalonamiento de la noche se armaba como un proyecto atemporal que iba descomponiendo a los variados prospectos de la arquitectura urbana. Brizuela estaba atento; quería acabar con la soledad que lo atormentaba asiduamente.

Y no era atolondrado ni un charlatán, ni le faltaba calle o cultura, por el contrario, plasmaba simpáticas disidencias que no se oponían al romanticismo. Retenía al viejo talento del seductor, lo que también era una férrea consecuencia de su elegancia; con esplendor había sabido ejercer notables influencias sobre las damas. Para conquistarlas le bastaba con pronunciar inefables vocablos que se entreveraba a sonrisas llenas de expectación. Luego se anunciaba como un soñador y alquimista que no cabía dentro de definiciones comunes.

Norma caminaba rectamente por la avenida Boedo, donde había dos o tres negocios en ciernes que quedarían atrás después de llegar a una espaciosa esquina. Quería superar esa etapa de la avenida con sus calzados nuevos de parcial elevación, que le resultaban algo incómodos (se preguntaba cuando tardaría en amoldarlos definitivamente). Con un poco más de energía en sus pies, ese frecuente paraje por el que transitaba, sería absorbido por el resto de la ciudad, y ella llegaría a su departamento para sacarse al fin los zapatos. Tal vez le quedaría algunas cosas poco interesantes para hacer, pero estas no le ofrecerían complicaciones.

Sin embargo, y a pesar de que vivía en el barrio, juró que nunca había pisado por ahí, le pareció que el ambiente cambió en su fisonomía. Era cuestión de hacer frente a ese anochecer, sin solicitar una insincera amistad al empedrado por el que ni siquiera sentía un cordial aprecio. No había escándalos en la calle ni estruendos en los cielos, pero algo desconocido la amenazaba con derrumbarla en un caos que por entonces sólo se trataba de un embrutecimiento o una pequeña confusión. Tenía la impresión era que algo raro sucedía, que alguien la detendría con un desconocido objetivo mientras predominaban los últimos reflejos de luz.

En verdad, sus sentimientos durante ese tránsito usual siempre se enredaban, pero se dijo que eso era la honesta herencia del agotamiento que se le fue conformando desde que tomó la determinación de actuar, de salir de su cama cuando el sol en la mañana aún era una bolsa de gatos que contenía cientos de incógnitas. Norma recorrió la extensión de esa vereda, y se preguntó si no estaba juntando sueño. Pero rechazó la posibilidad del cansancio en una manera expresa. Pronto perdería de vista a ese hito callejero, con la creencia que en ese día había hecho todo

lo posible, y como ella lo hizo, nadie lo hubiera hecho mejor.

Igualmente, con algo del dinero que sacó de su cartera, compró un artículo en un kiosco que debido a las disminuidas luces que forcejeaban en el anochecer, no fue posible discernir. O bien, digamos que se trató de algo sencillo o insignificante que no vale la pena incorporar a los detalles de esta crónica. No sería aconsejable examinar cada cosa que hizo, ya que así se invadiría su privacidad que es intocable. Aquí no se encontrarán citas referidas a sus asuntos privados.

Era invierno, y el cielo, la calle y las variopintas baldosas de las veredas adquirirían definidas propiedades grisáceas. La ciudad se estaba convirtiendo en una chata proyección geográfica en la que había que continuar depositando fe. Mejor era creer que en sus corredores se mantenían firmes los viejos símbolos. Cómo siempre la ciudad se sujetaba a los universales mecanismos que regulaban las luces, al frío o al calor, y producían un variado estado anímico en el hombre que lo colocaba entre la estupefacción y una apacible melancolía. A veces una leve ventisca desencadenaba tristezas.

De cerca, pasó Mónica Brema que la saludó con un corto repertorio de palabras. No expresó buen humor ni repelencias, sólo hizo una viable construcción de palabras empeñándose en algo que tuviera semejanza con normalizar ese sendero anónimo. Había volcado (sin pensar) sus repentinos sentidos en la figura de Norma, pero no puso afecto al dirigirle la palabra.

Hacía bastante tiempo que no la veía, pero al encontrarla no hizo una amable celebración. Lo que le dijo no tuvo certeza, y ni siquiera haría prosperar una pertinente charla. No se entregaría a un tema de conversación cargado con emociones, o algo que fuera demostrativo de que esa relación hubiera tenido caracteres entrañables. Mónica caminó sobre una patética cuerda floja con la comisión de cumplir con un protocolo estándar.

No fue un "saludo", si se le da un significado tradicional a ese sustantivo: Más bien se trató de la corta respuesta que se le da a un estímulo visual, siguiendo las costumbres que tienden a concretar los instantes, puesto que aún si las personas no están predispuestas a relacionarse dentro de un contexto de interés real, lo hacen dentro de uno lleno con formulismos (esto surge en forma mecánica como el sueño que se plasma solo).

Esa salutación imprecisa fue la propagación de una ráfaga de viento frío que tanteó al rostro de Nora, a quien le resultó insidioso que esta representara el fin de esa jornada que hasta ese momento transcurrió sin contratiempos. Más que una sorpresa fue una gran contrariedad, pero la joven no sintió urgencia en separarse de esos términos, más bien reaccionó con una inocencia conmovedora. Porque muchas veces de los

eventos debían colegirse otras ramas, y un simple saludo se correspondía a aletargados murmullos, a los que se le agregaba un cruce de miradas que inducía a creer que no se asignaba a ese encuentro un valor todopoderoso.

Sin embargo, si bien la de esa vecina había sido una voz clara, esta también actuó como un hachazo que se estrelló en la nuca de Norma. Fue un sutil aflojamiento de sus alertas, porque por escasos segundos se convenció que ese intercambio de palabras implicaba, en verdad, una empresa de agresión infinita. Algo que le fue impuesto y la colmaba con disgusto.

Norma sofocó rápidamente a su pavor, y decidió que no permanecería demasiado tiempo cerca de Mónica. En esa espaciosa concatenación de la avenida Boedo había tenido la mala suerte de tropezar con ella, y sostener un contacto dentro de un mismo plano sin apelar a la amistosa generalidad que propone el desconocimiento. Así se produjo una distorsión en ese final de un día martes, el ingreso a una débilmente iluminada zona gris. Se cesó de cumplir al ideal de la rutina que convierte hasta lo principal en una abstracción.

Norma Repetto demostró que estaba empecinada en seguir su camino, y que no desconfiaba de aquella que la saludó (¿de buena fe?). Pero la exigencia de plantarse en el medio de la calle, fue una muestra del maldito carisma de Mónica, porque Norma no pudo correrse de esa resuelta proposición de reconocimiento ni activar un directo rechazo. En seguida se justificó diciéndose que no daría pie a una serie de insinuaciones catastróficas acerca de lo que acontecía en ese momento.

¿Pero, esa mujer no querría hablar con ella para darse nuevas ínfulas, y argüirle (o machacarle) que su proceder siempre había sido oportuno? Si dejaba que afloje su mandíbula, Mónica hablaría de lo magnífica que era, mientras reducía al mundo a sus ávidas intuiciones. La compleja realidad únicamente tenía que ver con lo que ella había experimentado, y no aceptaba críticas ni que alguien agudizase un debate con respecto a ese punto.

Ese escenario excepcional que mortificó mucho a Norma; se había cruzado con Mónica Brema, y se vio forzada a saludarla con el objeto de cumplir con la manía de los buenos modales (como si eso no le traería consecuencias). Cuestión que ocurrió en el raso nivel de la calle, cuando hubieran debido aparentar ser dos típicas e ignotas transeúntes a las que sólo mirarse a los ojos les hubiera resultado molesto. A veces, la hipocresía brillaba más que los diamantes extremadamente preciosos.

Ese acto se agregó a la dolorosa relación que habían mantenido, en un ayer en que creían que sus destinos se complementaban y que juntas se

liberarían de las cadenas del hastío.

Norma resolvió no considerar importante a ese sorpresivo encuentro; a su saludo lo tuvo como una impura duplicidad, una patraña atiborrada con ambigüedades, que olvidaría lo más rápido posible. Porque cuándo se radiaban los eclipses entre amigas y enemigas, las primeras se barajaban con las segundas, y las genuflexiones que en apariencia eran amables, se transformaban en flechas envenenadas. En esas ocasiones la línea que trazaba la distinción era difusa, y quién era tenida como una buena persona, detrás de su sonrisa guardaba un perverso murmurar (los encomios no eran más que una porción de la insinceridad que abundaba en el lenguaje).

Pronto, y frente a la reaparecida Mónica Brema, Norma logró que errase su mirada, haciéndose la desentendida que ardía por llegar a un lugar privado, a la par que estaba afligida por haber sobrepasado los límites de sus rígidos horarios.

Debido a ese apuro no podría dar espacio a una comunicación acotada. En esos pocos segundos se aseguró que no tenía por qué añadir un nuevo (aunque mínimo) capítulo a esa relación. ¿Por qué participar de una charla que la disminuiría, y serviría para que Mónica siguiera creyendo que ella era responsable en añadir belleza al mundo y terminar con la fealdad? ¿Por qué proporcionarle una nueva visión mística de sí misma, o la suposición de que había sido una positiva influencia?

Pese a sus reservas, Norma Repetto tuvo la cortesía de devolverle el saludo al que consideró una farsa, pero no perpetró aquello forzada por un básico sentido de civilidad, sino con la idea de que Mónica no calcule que conservaba una impensable cuota de importancia en su vida... argumento que ella afianzaría en su mente si le negaba expeditivamente el saludo. No pudo ignorarla enfocando su vista al cielo en el que se confirmaba un mustio anochecer.

Su actitud era preventiva y le evitaría una nueva humillación, aunque su contenido fuera de carácter herético. Sin lugar a dudas, lo más plácido hubiera sido dejarla con las palmas de las manos abiertas y hablando sola. Norma lamentó que le había dado la oportunidad de que le diera un retorcido consejo que hubiera amargado las pocas horas que quedaban del día.

Mónica era tan desubicada que podría construir una breve, pero bien argumentada, exaltación a sí misma. De ese magro saludo saltaría a desagradables recuerdos, o a una turbulenta ficción que se empearía en hacerle creer. Habían transcurrido segundos espinosos a causa de esa fabricación cuya táctica consistió en dar valor a lo espurio.

Se hacía cada vez más de noche y las sombras se unificaban con los individuos; lo que había alrededor eran hileras de casas y edificios, y aparte de Mónica Brema se acercaba un hombre que se movía con celeridad a pesar de ser bastante mayor. Este aún no se destacaba, y en ningún momento Norma imaginó que cerraría al circuito de rivalidad con la que fue "una amiga" durante los días del bachillerato.

La joven nunca sabría que ese hombre andaba a los tumbos mágicos, escribía versos, y silenciosamente bramaba por las dulces recomendaciones que le urgían su silueta (Brizuela comentaba en secreto la excelente impresión que le había causado esa mujer). Se lo veía decidido a avanzar cómo si tuviera entre sus manos a un asunto relevante, y nadie conjeturó nada, ni se lo clasificó de acuerdo a estereotipados moldes. En esa intermediación había un perro que ladraba a intervalos, sin otro propósito que bravuconear un poco; su truco creaba la sensación que estaba vigilante frente a peligros que con suma probabilidad eran inexistentes.

Alguna vez Norma había copiado a Mónica Brema, acomodándose a su esnobismo y enamorándose de cuánta cosa frívola se le pusiera adelante; la buscaba como si ella le multiplicaría la magia con que vencería en cada evento social. Era una amiga dotada de gran belleza y una especial habilidad para seducir. Había visto en Mónica Brema al modelo ideal de mujer, y creyó que había que imitarla hasta en los grititos que pegaba al exasperarse. Sólo al final comprendió que esa mujer actuaba como si nada (a excepción de ella misma) tuviera importancia, y que le faltaba algo elemental: un alma. Ella se alzaba triunfante mientras sus "amigas" permanecían diminutas o imperceptibles.

Luego de los reiterados maltratos de esa "amiga", Norma había deducido que con su discreta singularidad no beneficiaría al mundo, pero tampoco lo perjudicaba, y que no necesitaba retornar a ambientes en que las luces, los gemidos alegres, y el olor a perfume y alcohol, se hacían insoportables.

Mónica Brema tenía otros tipos de presunciones: de un momento a otro se convertiría en la pasajera de una aerolínea que la encaminaría a una destinación insigne. Un lugar que sería una explosión cósmica de su fervor. Estaba a punto de tomar un vuelo, en el que flotaría por los aires imbuida en los ideales absolutos de los viajeros. Se la veía contenta, dispuesta a salir esa noche a bailar con frenesí, a moverse con inacabables arranques (a esa cuestión la venía analizando mucho antes del vespertino saludo que le hizo a esa desaliñada ex amiga).

Le faltaban pocas semanas para enriquecerse con un viaje que la llevaría adonde sea con tal que el lugar fuera de alto nivel. Compararía a su mundo con otros cuyas medianeras serían más bajas o tendrían mayor altura; despojaría a las paradojas de sus turbios costados y jugaría a vivir

otras vidas..

Más que banalizar a los problemas, Mónica los apartaba de su vista. las cuestiones básicas estaban en regla: los peces se sumergían en las aguas, los pájaros volaban en bandada por firmamentos celestes, y ella se probaba en los vestidores de las tiendas a las mejores ropas (probablemente, la genuina razón por la se había atareado con Norma, fue para que apreciase su vestido nuevo).

Todo poseía una estructura lógica y un lenguaje, lo que demostraba que el mundo se presentaba en forma coherente, aunque a veces se ramificaran algunos desperfectos... como el ver a esa mujer a quien le había imputado cargos de mendacidad.

Había saludado con displicencia a Norma Repetto a quién alguna vez trató en forma ardua... más que nada, Mónica se había abandonado a su temperamento generoso, o se dejó acosar por su curiosidad que le impuso buscarle un remedio. Alguna vez habló con ella de fruslerías, pero también con términos instructivos le había puntualizado lo que le convenía hacer. Ahora le resultaría sorprendente si hubiera cambiado en algo... jamás se liberaría de su carencia de estilo. Pronto testificaría al grupo de amigas de la secundaria, con hondo pesar, que Norma Repetto continuaba siendo una zaparrastrosa.

II

Ya dijimos que el hombre mayor que se aproximaba hasta donde Norma y Mónica brevemente se habían topado, era Brizuela (estaba pendiente de lo que las dos mujeres hacían=. Había un lujurioso brillo en sus ojos y no exhibía pizcas de agobio o desasosiego, pero sí bastante inquietud. Le resultaba salvajemente deseable que los tres compartieran una crucial presentación.

Rompería eficazmente el contrasentido de ser extraños; el designo era conocerse sin afectaciones ni afectados por inauditas manías. Se había preparado a avalarlas. Era cuestión de infundirles una abrupta confianza.

Con ese convencimiento sintió impaciencia en llegar a esa altura de la calle; necesitaba ubicarse frente a las mujeres sin hacerles pasajeras referencias a su soledad. Se apuró con el objeto de que no se separasen, ni redistribuyeran sus pasos por espacios desconocidos. Su prioridad era inspirar admiración en ambas damas (sin embargo, aduciría falta de equilibrio y una ligera congestión). Les demostraría no ser un hombre corriente, sino uno que estaba dispuesto a pasar por muchas dificultades con el fin de acompañar a una de ellas. Por supuesto que no esperaría que ellas hicieran cuchicheadas interpretaciones de su presencia, sino que efectuaría un drástico primer paso en el que tal vez sería visto como alguien que sufría un ligero trastorno... pero después actuaría de una

manera que lo alejaría para siempre de lo inverosímil. Al fin de cuentas Brizuela era un incurable romántico determinado a mover sus fichas en el empalme que se había formado espontáneamente en esa avenida.

Llevaría a cabo una conversación que escalaría hasta la concreción de una cita; tal vez la recitación de un poema sería apropiada para romper el hielo, recordaría uno que contuviera compartidos anhelos y construyera su gran fortuna a través de escogidas palabras.

"En el antiguo barrio de Boedo, esas dos bellas han salido a mi encuentro sin siquiera saberlo", se dijo con bendito estupor (no lo sabía a ciencia cierta, pero a esa reunión la había espiado en un maravilloso sueño que fue una premonición). Se desplazó cómodamente varios metros esquivando a las abultadas raíces de los plátanos.

Cómo fue dicho, era invierno, y no hubo circunstancias fantásticas que concernieran al relato. Apenas algunas Irrupciones de sonidos que no se supo de donde provenían, sospechosas caídas de hojarasca que exudaban polvos, y síntesis descoloridas en la atmósfera que presagiaban tormentas. Pero nada amilanó a quien tenía un sobreabundante vigor, y la voluntad de entronarse en la esquina de ese vibrante barrio tanguero en donde se habían enlazado dos mujeres en una charla casual.

Brizuela no desperdió su optimismo antes de llegar a la bocacalle, ni pensó que se podía perder y no llegar a casa... puesto que el mundo era su Casa.

III

Ésta narración nunca tendrá un final, aunque los secos quejidos de Brizuela se escucharon en recovecos de la corta avenida que atraviesa al sur de la ciudad de Buenos Aires. En ese lapso había mantenido la tersura de sus labios con la máxima anchura que permite una sonrisa, y a sus brazos los desplegó sobre su cintura con una expectación sumamente afectuosa... pero también padeció por la desorganización y lo imprevisto.

Las mujeres enseguida lo habían ayudado, y por suerte no ocurrió un episodio dramático que hubiera hecho necesario llamar a la ambulancia.

Norma Repetto y Mónica Brema se sobresaltaron por el desfasaje motriz que el hombre exhibió, y con auténtico espíritu solidario lo sujetaron firme evitando de esa forma que se desplomara. Por unos segundos creyeron que sus intervenciones fueron providenciales, y habían torcido para bien al curso de los acontecimientos. Por encontrarse en ese pasillo balbuceando cosas incongruentes, habían aplazado un problema al desdichado que incidentalmente había convergido en donde estaban. Sus actitudes habían

sido nobles (ellas mismas corrieron el riesgo de caer), y en una inimaginable forma, al coincidir en prestarle auxilio se amigaron.

En ese minuto no se involucraron en contiendas, envidias ni competitividades. Norma esbozó la conclusión de que la causa de ese irreflexivo choque de buenos modales con Mónica, se basó en ese sensible instante en el que aunando esfuerzos se impidieron que ocurriera una desgracia.

Por suerte Brizuela no se fracturó, y extrañado, no supo por qué le había pasado aquello. Se habría tratado de una mala maniobra, pero cualquier potencial calamidad había sido desbaratada por la suerte de conocerlas. Acto seguido, recitó a plena voz vocablos de gratitud (o disculpas) que de una manera solapada contenían altísimas poesías.

Había notado que él significaba algo para ellas, ya que lo habían rescatado antes de que sus finas prendas se ensuciaran con el lodo. Hizo algunas otras conjeturas... pero referirse a ellas es perder el tiempo.

En ningún momento Brizuela quiso que se le escaparan, que se dirigieran hacia atajos sin sentido, o que rehusaran identificarse con esa situación en la que habían ganado las medallas de heroínas. Les ofreció una amistad que no tenía por qué surgir de la lástima; aclaró que había que darle una tangible orientación a lo que, de seguir su curso natural, se hubiera convertido en un grave contratiempo.

Asimismo, la lentitud por explicar su desfallecimiento se debió a que: "En el fondo soy un pobre sufriente y un hombre de buen corazón, pero el destino las arrojó aquí con un propósito que está en los tres descifrar...". Con esa rara humildad también le respondió a Norma Repetto y Mónica Brema, cuándo le preguntaron si estaba bien. Enseguida Norma quiso saber si se había extraviado, pero al verlo tan parlanchín y dispuesto a echar mano a un anecdotario de gruesa envergadura, no le interrogó más.

El hombre se encontraba en sus pies, lúcido y a salvo, por lo que incursionar en otros temas ya no tenía objeto.

Sentidamente Brizuela agregó a su soliloquio, que no tenía mujer, ni hijos, ni una pasión que lo distrajera; denotó que estaba libre y aún le quedaba un firme porvenir, por lo que no avistaba ningún obstáculo que impidiera adentrarse en una placentera amistad.

Pero el hombre no tardó en agriarse y dejar de lado a las formas cordiales con que se había dirigido, ya que esas mujeres se largaron a toda prisa, sin que ni siquiera se les cruzara por la cabeza que, si en ese milagroso punto de la ciudad, hubieran puesto más atención, les hubiera cambiado

la vida.

Desde lejos, el disgustado Brizuela les gritó. Por temores o negligentes rodeos, las dos desistieron de avanzar hacia la meta que les había propuesto con dulzura. La nauseosa desconfianza se había apoderado del mundo, icómo para no estar enojado o no rogarles desde lejos que volvieran!

Fin